



La Lectura Popular

AÑO XVIII

Orihuela 15 de Noviembre de 1899.

Núm. 390

LA RAIZ DE LA LIBERTAD

Memorias de un voluntario.

Erase el año mil ochocientos... y pico; la revolución se había echado á la calle vestida de miliciano nacional tocando el himno de Riego, y yo, que entonces era un zanguangote inocentón y rollizo que me salía por las bocamangas de los levitines que me hacía cierto pícaro sastre de cuyo nombre no quiero acordarme, corría entusiasmado detras de la música gritando como los demas.

¡Qué día aquel de mas algazaral

Por el pueblo todo eran carreras: los unos cerraban las puertas: los otros saltan á los balcones.

La música dió la vuelta por las calles principales del lugar, hasta que llegó á la plaza, donde se detuvo á tocarle el trágala á los caídos.

Despues de un buen rato de vivas y mueras, cesó el escándalo, enmudecieron todas las bocas, y un patriota gordo y bajito, con unos bigotes negros recortados en forma de cepillo, se subió encima de una silla que le sacaron de la botica donde se reunían los *exaltados* (enemigos de los *moderados* que se reunían en la tienda), y con voz estrepitosa pronunció un desafortado discurso,

—Señores, dijo, ha llegado ya la hora de romper las cadenas que aprisionaban al pueblo español; el sol de la libertad ha salido. (Tenía razón, porque á él lo acababan de sacar de la cárcel, donde por sus fechorías pasaba casi todo el año.) El sol ha salido, y desde hoy las aves *agoturnas* (1) de la reacción, tendrán que meterse en sus cuevas si no quieren que las metamos nosotros en otra parte.

(Las aves *agoturnas*, eran el sacristan y sus amigos que pertenecían al otro bando.)

—Desde hoy, continuó el orador, se han acabado ya los tiranos. (Esto lo decía por el alcalde, que había cerrado las tabernas.) Al que no sea amigo del pueblo y no quiera la libertad, ya le enseñaremos nosotros á que la *trague*.

Señores: ¡viva la voluntad nacional! ¡viva España! Pido que ahora mismo se plante el árbol de la libertad.

—¡¡¡Que se plante!!! gritaron cien voces; ¡¡¡que se plante!!!

Como por encanto, trájose en seguida un tronco con algunas raíces y ramas, y

despues de hacer un hoyo proporcionado, plantóse en medio de la plaza.

La música rompió otra vez á tocar el himno, y el entusiasmo volvió otra vez á recrudescerse; pero esta vez no pudiendo ya la gente contenerse, se fué á casa del sacristan (ave *a oturna* número uno), y le arrimó un palizon de padre y muy señor mío.

—¿Qué es esto? dijo el pobre apagaluce cuando vió caer sobre sus espaldas aquella lluvia de palos.

Gran tunante, ¿no decías que no vendría la libertad? pues aquí la tienes.

—¡Pero, señores ¡por el amor de Dios!

—¡Firme, firme! gritaba el patriota del discurso: esos son los que no dejan que la libertad medre; ¡firme con él!

Y los palos siguieron, y quién sabe á dónde hubieran llegado, si la Providencia no hubiese acudido en aquel momento á su socorro vestida de sotana.

Efectivamente, entre los ayes y el tumulto, se abrió de repente una puerta, y una voz que no olvidaré nunca, pues sin duda debía salir de unos pulmones tamaños como los fuelles de un órgano, gritó con toda su fuerza:

—¡Infames! ¿Son ustedes los que hablan de libertad? ¡Habrás visto escándalo más grande!

Aquel apóstrofe lanzado por aquella voz, contuvo á todo el mundo.

Quien lo lanzaba era el cura; un hombre de seis piés y tres pulgadas, con cada puño como una maza. Al oír los gritos se había echado á la calle dispuesto á salvar á la víctima: y era hombre que no retrocedía nunca.

—¿Y se atreverán ustedes aún, continuó con su voz estentórea, á llamar *libertad* á estos delitos? ¿Cuándo se ha visto que la libertad sea hija del crimen? ¿O es que han olvidado ustedes tan pronto que para traerla á la tierra darramó el hijo de Dios su propia sangre, en vez de derramar la ajena?

Para que nuestros lectores comprendan el efecto que haría aquel atrevido arranque, hay que advertir que en aquellos tiempos, los curas (á lo menos en la apariencia) eran más respetados.

Los voluntarios de la libertad de aquellas kalendas se contentaban con apalear sacristanes, sin dejar por eso de ir á misa y comulgar por Pascua Florida.

Eran como aquellos benditos doceañistas que se santiguaban para hacer la primera revolución en Cádiz y saludaban al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para

arrancarles con todo respeto el derecho de mezclarse en las cosas de este mundo, que, segun ellos, debía en adelante regirse por la *voluntad nacional*.

La política á un lado y la religion á otro: era su frase.

Lo que equivalía á decir que una cosa era comulgar por Pascua, y otra introducir en España las doctrinas de la revolucion francesa, para hacer con ellas la desgracia de siete generaciones.

Por supuesto, que mientras aquellos benditos y cristianísimos liberales se enjugaban la boca para quitarse el escrúpulo, distinguiendo mentalmente entre la religion y la política, en las capitales se empezaba ya el ajo, y se quemaban conventos y se degollaban frailes.

Y despues se vendían los bienes de las iglesias y hospitales.

Y despues se hacían concordatos.

Y despues no se cumplían por *falta de recursos*.

Y despues se derribaban é inutilizaban cerca de setecientos templos en toda España.

Y por último, se *abrían las bárbulas*, como dijeron algunos oradores de la gloriosa, y la prensa fué ya libre para vomitar blasfemias contra la religion, los diputados libres para disparatar contra la Santísima Trinidad, y los francos libres para bailar el *can can* en las iglesias de Barcelona.

Pero dejemos la historia de estas menudencias, y de los que las trajeron á España, y las apoyaron, y apoyan aun sin dejar de comulgar por Pascua, y sigamos nuestro cuento.

No bien los apaleadores del ave *agoturna* echaron á ver de que el cura al fin y al cabo no era más que un hombre solo, hicieronle cara, y si no á palos, porque no se atrevieron, le dijeron cuatro frescas, y lo mandaron á paseo.

Entonces, el hombre, conociendo que aquello no tenía apañó, cogió al sacristan, se lo echó bajo del brazo, y como Dios le dió á entender, lo metió arrastrado en su casa para curarle con *árnica* las dos docenas de melocotones que llevaba en la cabeza.

Desaparecido que hubieron los larguiruchos piés de la víctima por la puerta de la rectoría, se cerró esta, la música volvió á tocar el himno, y la gente volvió á entusiasmarse.

—¿Pero ven ustedes qué cosa tan grande es la libertad? decía un oficial de zapa-

(1) Nocturnas.

tero vecino mío, á quien su maestro acababa de despedir por su poca afición al tirapié.

—Es la mitad de la vida, decía otro individuo que pasaba la suya en el billar ensayando jugadas de carambola y palos para repetírselas por la noche á su mujer.

—Al pillo que no la quiere debían degollarlo; decía otro por el estío.

—Todo se andará, dijo entonces una voz que no era sino la del albeitar, otro de los más exaltados del pueblo. Dejad que el arbolillo crezca, caballeros, y eche raíces, y verán ustedes libertad en España. Lo que es que estos pillos reaccionarios no lo dejan crecer.

—No, pues esta vez no tendrán más remedio que dejarlo, pues para eso D. Baldomero ha dado herramientas al pueblo para que lo cultive.

Efectivamente, casi todos los acompañantes de la música llevaban su correspondiente instrumento de cultivo; quién una carabina, quién un trabuco; quién un fusil de chispas; quién un sable de caballería.

Yo pretendí llevar también mi podadera, y se me alistó como voluntario.

Por supuesto, sin saberlo mi abuela, pues si lo sabe me araña. Era muy reaccionaria.

—Ahora sí que voy á ser hombre, decía yo dándome con tocino para que me saliera el bigote y ensayándome en hacer *el ejercicio*. En cuanto el árbol crezca ya no tendré que encerrarme al oscurecer como las gallinas, ni rezaré tanto rosario, ni me levantaré al alba á estudiar horas enteras; entonces seré libre, iré á donde quiera, haré lo que quiera, viviré como quiera.

Como se ve, yo había entendido la libertad como la entendía el albeitar y el zapatero del tirapié y el patriota de los bigotes, y en general todos los voluntarios á quienes D. Baldomero había en cargado el cultivo del árbol.

Creía yo que la libertad era la facultad de hacer lo que á cada uno le diese la gana, y que el día que llegase su reinado, el mundo se convertiría en una especie de Jauja, donde cada paladar disfrutaría libremente de su propio gusto, sin cortapisas de ningún género.

Nome hacía cargo de que la libertad precisamente consiste en todo lo contrario; pues no sería posible que los hombres realizaran en el mundo sus legítimas aspiraciones (que tales el ideal de la libertad verdadera), si cada uno por su parte no se hiciese un poco de violencia y limitase las aspiraciones propias en beneficio de las ajenas.

De donde nace, sin duda, aquel principio que dice: que **«no es más liberal el que más ensancha sus derechos, sino el que mejor cumple sus deberes.»**

Pero yo no entendía, de estas cosas.

Estas cosas no las decía más que el cura, y el cura era otro reaccionario como mi abuela.

A mí me gustaba la libertad... libre; es decir, la propia. Lo demás, decía yo que todo eran servilismos.

Y tanto llegué á empaparme en estas cosas, que un día, porque mi abuela, des-

pués de estudiar, quiso que rezara el rosario de rodillas, me pareció que no podía darse mayor tiranía, y que aquello era ya la inquisición con sus correspondientes hogueras, tal como nos la había pintado el albeitar que era hombre muy dado á la historia.

—Basta, dije para mí; esto es ya el cúmulo del fanatismo; desde mañana voy á plantar en esta casa el árbol de la libertad.

—Maestro Pajotas, exclame al día siguiente dirigiéndome á casa del albeitar; deme usted una raíz del árbol, que voy á plantarla ahora mismo junto á la pila donde mi abuela lava las enaguas.

—¿De qué árbol hablas?

—Del de la libertad.

—Toma las que quieras.

—Entonces corrí desalado hácia la plaza, y cogiendo un tallo de aquel alcornoque que los voluntarios habían ya convertido en manzanillo á fuerza de dar palizas á su sombra, me fui á casa, y comencé á plantarlo.

—¿Qué plantas ahí, muchacho? me preguntó mi abuela.

—El árbol del paraíso, le contesté con intención.

Pero no sabía yo la gran verdad que había dicho.

Realmente yo era un Adán con la fruta en el cuerpo.

Había soñado comer la de la felicidad, y me había envenenado con la de la concupiscencia.

Había querido ser libre y era ya esclavo.

Esclavo de las malas pasiones, que son las que convierten al hombre en tirano de sí mismo, para hacerlo despues verdugo de los demás.

Afortunadamente, Dios reservaba á mi engañada inocencia una salvadora lección, y fué la siguiente.

Hallábamonos en el pueblo en un día de elecciones.

De *votadas*, como decía el albeitar.

Este era ya alcalde, y con su gorra de pelo y su vara en la mano, se encaminaba hácia la casa de la villa seguido de una turbamulta de patriotas y matones.

Despues venía á cierta distancia el boticario con otra por el estilo.

Hay que advertir que aunque ambos caciques *eran del partido*, se habían ya contrapuntado por *cuestión de consumos*, y se hacían la guerra.

Los voluntarios se habían dividido: unos estaban con el uno, y otros con el otro.

En cuanto al sacristan y demás aves *agoturnas* no hay que hablar, porque á pesar de que el *sufragio era libre*, segun decía la ley, ni por un ojo de la cara se hubieran atrevido á salir de su casa, so pena de recoger el tal sufragio en misas rezadas por el eterno descanso de su alma.

Tales eran los garrotazos que se habían repartido ya por el pueblo la víspera de la elección.

Llegado que hubo á la plaza toda la comitiva, el alcalde y los suyos subieron á la casa del ayuntamiento, y la elección dió principio.

Entonces el boticario y su gente, entre los que figuraba el barbero, apoyado en la

ley, que era lo mismo que no apoyarse en nada, trataron de subir también á *poner mesa*.

Nunca lo hubieran intentado; allí fué Troya,

El voluntario de los bigotes que se había quedado en la puerta para *apoyar al alcalde*, no con la ley, sino con la carabina, montó esta, y dando el quién vive, dijo que por allí no pasaba nadie.

—Somos electores, contestó el boticario.

—Ustedes vienen á alterar *el órden*.

—No es verdad.

—Llevan ustedes armas, y no pueden entrar.

—Que se nos registre, dijo una voz.

El alguacil empezó á hacer el registro y le encontró al barbero dos lancetas.

—Armas de punta y corte, dijo entonces el patriota, á la cárcel todo el mundo.

No había acabado el desgraciado de pronunciar estas palabras, cuando un terrible trabucazo disparado á quemarropa, le derribó entre el dintel de la misma puerta.

Sucedier aquello y armarse un motín indescriptible, todo fué obra de un momento. Las puñaladas, los tiros y los sablazos llovieron en un instante por todas partes. Unos gritaban por aquí, otros corrían por allá.

—¡Socorro! ¡Favor á la Reina! ¡Asesinos! ¡Alto á la autoridad!

Al ver el tumulto, asustado como una liebre, corrí á esconderme donde pude: mas en aquél momento la voz estentórea del cura, aquella voz que en otro tiempo había salvado al sacristan, sonó de nuevo entre los combatientes, pero con tal fuerza, que parecía la trompeta del juicio. Todas las armas cayeron de las manos.

—¡Señores! exclamo, ¿qué viene á ser esto? ¿Hasta cuándo seguirán ustedes aspirando á ser libres, sin dejar de ser criminales? ¿No estan ustedes viendo que del crimen es de donde nacen todas las tiranías? ¿no conocen ustedes que *pecado y libertad* son dos cosas contrarias? La violencia y la muerte, exclamó el cura dando un gran grito: hé aquí el fruto del pecado.

En efecto, en aquel momento cuatro voluntarios traían atravesado en una escalera al fruto del pecado; al pobre patriota de los bigotes chorreando sangre y más blanco que el papel.

Afortunadamente, se le reconoció y se vió que las heridas no eran de gravedad.

—A votar, á votar, exclamó entonces el boticario que era hombre frío y de mala intención. Esto no ha sido nada.

—A orar, á orar, contestó el cura, lanzando una mirada sobre aquel hombre fríamente. Señor boticario, esto ha podido ser mucho, y no significa poco.

Yo dudé un momento entre el consejo del cura y el del boticario; pero me acordé de la mala cara que le había visto *fruto del pecado*, y me decidí por el consejo del cura.

—Señor cura, exclamé entrando tras él en la iglesia; yo soy uno de los que quieren orar, pero dígame V. antes una cosa: ¿cree V. que con oraciones se puede sostener la libertad?

—Más que con votos.

Entonces el cura observando mi admi-

ración, me explicó por completo su pensamiento.

—Hijo mío, me dijo, la libertad es hija primogénita de la justicia. Mientras en la sociedad haya muchos hombres injustos, jamás podrá haber muchos libres. Tú mismo acabas de ver cómo la injusticia de los unos se destruye la libertad de los otros; y por consiguiente, tú mismo te habrás convencido de que la virtud es el fundamento de la libertad.

¡Oh! si esto lo comprendieran bien todos los hombres, ya seríamos libres todos; porque cada cual cultivaría dentro de su corazón la *abnegación cristiana*, única raíz de la libertad verdadera.

Oír estas grandes verdades, dirigirme al corral y arrancar el olcornoque, todo fué obra de un momento.

Desde aquel día varié de cultivo, me dediqué á luchar contra mis propias pasiones, arrancando todas las malezas de mi alma, y en cuanto ví que adelantaba la obra, dije ya respirando con alegría: Ahora sí que conozco que he empezado á ser verdadero liberal.

ADOLFO CLAVARANA

UN MILAGRO DE LA VIRGEN DEL PILAR

EL AHORCADO

Antonio y Juana, honrados labriegos de cañiz, vivían de su modesto trabajo sin esas ambiciones que el pan de cada día, y sin ese afán verdadero que servir á Dios en esta vida para tenerle propicio en la muerte. La felicidad de este matrimonio hubiera sido completa si no la acibarara un presentimiento que no dejaba de tener base en que fundarlo. El Señor les había concedido un hijo hermoso y robusto; pero de carácter enérgico y ambicioso corazón. No gustaba mucho de comer patatas aliadas con sebo, ni judías sin otro condimento que un pedazo de cecina.

Había visto que sus amigos de la infancia vestían mejor que él, comían pan de primera, y sus familias despachaban la carne que en la villa se mataba solo para los ricos.

—¿Por qué ellos, decía á su madre, han de vivir con más anchura que nosotros? ¿No son también descendientes de Adán como cada hijo de vecino?

—¡Calla por Dios! No todos podemos ser iguales, contestaba afligida la madre. Si no estamos sobrados, Dios lo quiere así, porque las riquezas nos perjudicarían. En cambio, la vez con nuestra pobreza podamos ir al cielo que no conseguiríamos siendo ricos. Hay que conformarse con la voluntad de Dios.

¡Hum! reflexionaba, el chico, á la sazón de trece á catorce años. A mí no me convence nadie. Yo no puedo aguantar tanta desigualdad...

Y todos los días se repetían escenas semejantes, y todos los días el tío Antonio y la tía Juana pedían al Señor que no dejara de su mano á aquel hijo único que, á pesar del buen ejemplo que veía en el hogar, tan malas inclinaciones manifestaba. Una sola cosa satisfacía á aquel honrado matrimonio: que no repugnaba su hijo Pedrin, así lo llamaban, rezar el rosario todas las noches ante una imagen de la Virgen del Pilar, que era el objeto preferente de la modestísima salita de la casa. Por eso, decía la madre, no osará el chico si mi hijo se

acaba de torcer.

El muchacho tenía genio avieso, y... se torció. El trabajo diario del campo no se avenía con su ambición, porque no le proporcionaba las comodidades á que á su juicio, tenía derecho; y más de una vez huyó de la casa paterna creyendo encontrar en otra parte lo que buscaba.

Dicen que el diablo tiene mucho talento, y así es la verdad. El mal espíritu sugirió á Pedrin un pensamiento que proporcionaría al chico el medio de salir de las estrecheces de su casa. Acertaron á pasar por la villa, hoy ciudad de Alcañiz, una cuadrilla de gitanos, á lo menos tales parecían por su indumentaria y costumbres; si no por la miseria que estas gentes revelan. Si eran gitanos, serían gitanos ricos; y si no lo eran, no carecían de medios sobrados de subsistencia. Acampados en las afueras, viólos un día comer Pedrin; porque se dijo que traían buenas provisiones, y no fueron pocos los pollos que faltaron de algun corral en el mismo día.

—¿Te gusta? le dijo el más joven: toma este tasajo. ¿Está bueno, eh?

—Ya lo creo, contestó el mozo. No como estas cosas nunca en mi casa.

—Si te vinieras con nosotros, comerías siempre así; porque no conocemos la miseria.

No necesitó más. Cuando desapareció la cuadrilla, fué buscado Pedrin por todas partes sin resultado. No había duda de que los gitanos lo habían secuestrado, ó él, que no era tan niño, se había dejado secuestrar.

Es para omitido el disgusto del honrado matrimonio, y las diligencias que el cariño de padres puso en práctica para descubrir el paradero del hijo á quien desde luego se creyó muerto, ó, cuando menos, perdido para siempre. Porque en los tiempos á que se contrae la historia, comprenderá el lector, que no había ni ferrocarriles, ni telégrafos; y ya que hubiera carreteras y caminos de herradura, que los cruzaban los que por razones de su profesión tenían por fuerza que hacer de vez en cuando un viaje, preparados, y esto está siempre bien hecho, con los Santos Sacramentos. De Pedrin, según todas las señales, no se sabría ya más en el pueblo.

¿Qué hacía Pedrin? No mucho tiempo después de su desaparición se veía en la puerta del templo del Pilar de Zaragoza un pobre mendigo, el cual, ostentando las cicatrices de una pierna que llevaba al descubierto, y sostenido en dos apoyos, movía á compasión á los fieles que diariamente iban, como ahora, á saludar á la Excelsa Patrona de Aragón. Su juventud, su melancólica fisonomía y sus incurables llagas arrancaban la limosna que no conseguían otros mendigos con mayores desgracias: el joven sacaba un jornal que ya lo quisieran para sí los señoritos del día que usan bota de charol, sombrero alto y levita cruzada, si no frac ó smokin. Aquel joven era Pedrin. Sus aspiraciones estaban satisfechas hasta cierto punto: comía bien; de noche vestía mejor. Porque aquellas llagas, aquella cojera, aquel aspecto de enfermo, todo era farsa. Magnífica vida para quien no tiene conciencia, si pudiera disponer de los muchos sueldos que á diario recogía... Pero no sucedía así; si no que entraban á formar el acervo de la cuadrilla que era... una cuadrilla de ladrones. No le hacía falta á ésta, en verdad, lo que Pedrin aportaba; él, como algun otro, serviría, si la justicia se apoderaba de cualquiera de ellos, para testificar de que tal día y tal hora el *empapelado* se encontraba ó en el Pilar, ó en el café, porque supongo que habría

ya algun café en Zaragoza, ó en otra parte; en una palabra, para probar la coartada, como dicen los curiales.

Una advertencia hay que hacer. Pedrin no vivía tranquilo. La conciencia le gritaba constantemente; y eso sí, no pasaba día sin que el recuerdo del rosario de su casa no le obligara á rezar una salve ante el Pilar. ¡Extraña conducta que se vé repetida por almas que creen hacer bastante con visitar á la Virgen; aunque no cumplan los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia. ¡Por eso dice el refrán que no hay ladrón que no tenga su devoción!

Era una noche de primavera. En cocina de miserable aspecto de una pobre casa del barrio de los *Agustinicos*, alrededor de una mesita baja, estaban sentados, muy cerca del hogar, media docena de hombres de mal vestir y fisonomías patibularias. Excepto uno, que contaría próximamente sesenta años, los demás eran jóvenes robustos y dados á sufrir las inclemencias del tiempo. Una gran tortera que contenía un cordero asado; y pan blanco y buen tinto de Aragón constituían el enemigo á quien en aquella noche tenían que combatir. Con la bota en la mano derecha, y limpiándose los labios con el dorso de la izquierda, dijo el más viejo. Hace tiempo que no habeis hecho nada y ahora se nos presenta ocasion de hacer algo; es un buen negocio.

—¿Ha tenido V. buenas noticias? prorrumpieron á una sus compañeros.

¡Callad! Y, atracando la puerta y cerciorado de que la ventana estaba bien cerrada, añadió en voz baja. Mañana entre diez y once de la noche es menester que todos, unos por un lado y otros por otro, vayais á caer al recodo del camino de *marra*. ¿Me entendéis? A esa hora pasa por allí un coche que lleva fondos á Barcelona: van en él solo dos números de fuerza armada acompañando al Justicia que á la sazón viaja con su familia. ¡Buena pesca muchachos, buena pesca!

Los ojos de aquellos hombres se abrieron desmesuradamente. Y el viejo continuó:

—Tú, Pedrin, no te portaste bien en el último asalto y estarás por la mañana, como siempre, en la puerta del Pilar; este otro á su destino; que tiempo llegará para entrar en funciones; nosotros cuatro somos más que suficientes para el caso.

Y ya no se habló más. Continuó la cena. circuló la bota, se calentaron los *cascos*, y á poco se durmieron cada uno en su caramanchon; y como si las órdenes recibidas hubiera dado un general del ejército, á la mañana siguiente, aquella pequeña cuadrilla se diseminó para cumplir las órdenes de su jefe.

Pedrin no durmió en toda la noche. Su encubridor de ladrones no le parecía bien; pero saber que sus compañeros iban á asaltar un coche en medio de un camino, dispuestos á matar, si de ello había necesidad, y no evitarlo... sin darse cuenta del porqué, le parecía un crimen. Ya se arrepentía de haber dejado á sus padres y la tranquilidad de su casa; y, nuevo hijo pródigo, aunque no tenía precision de comer las bellotas de los puercos, sino rico jamon y buena carne, casi casi estaba dispuesto á volver á su pobre hogar á comer y vivir pobremente con sus honrados padres. Abismado en estos pensamientos se levantó al apuntar la aurora, se arregló sus postizos, cogió las muletas y, antes de lo acostumbrado, estaba ya en la puerta del Pilar.

Como obedeciendo entonces á misterioso resorte, entró en la iglesia y se atrevió á pe-

erse frente por frente á la bendita Imágen.

Se celebraba el Santo Sacrificio: los fieles rezaban en alta voz el rosario que dirigia un asiduo asistente á la segunda Misa. Aun se aspiraba el olor al incienso de la primera, y una vaporosa neblina, no exenta de claridad, llenaba el espacio, pareciendo que descendía al tabernáculo más bien que se elevaba á las alturas: la misma Imágen, á los ojos de Pedrin, era más hermosa, más celestial, más divina, y, é una ilusion le embargaba los sentidos, ó veía en el semblante de la Virgen un así como sello de seriedad grave, aunque dulce, que significaba amorosa queja y cariñoso reproche.

Nuevos afectos sintió en el fondo del alma, donde resonaron palabras celestiales que en su concepto llegaban á todos los oídos. Quiso arrodillarse; pero se lo impedían los aparatos con que disimulaba la cojera; quiso llorar, y un respeto humano hizo que las lágrimas no brotaran de sus ojos: giró la vista á todas partes; y allá á un lado de la capilla, como si para él estuviese destinado, vió dentro de un confesonario á un sacerdote que mirándole le esperaba con impaciencia, y le pareció que del fondo del camarín y aun de los labios virginales que se entreabrian salía una voz que le dijo, «Te estoy esperando; confiéstate y no temas».

No dudó más. Sin hacer mucho caso de su disimulada cojera, sin otra preparacion, corrió al confesonario y se postró á los pies del confesor.

Lo que allí pasó, Dios nuestro Señor, el confesor y él lo sabrian: el milagro de la gracia haría arrancar lágrimas de compuncion al pobre Pedrin, que tardó más de una hora en salir de la iglesia.

Dispuesto á tirar las muletas y sus rostros: en la primera encrucijada, se decidió á salir aquel día de Zaragoza hacia la casa materna, no sin dar aviso de un modo ó de otro de lo que iba á suceder en el camino de Barcelona.

Los devotos de la Virgen no dejan de visitarla todos los días, y más si se preparan para hacer un viaje.

Una bella joven con su madre, al parecer de familia de viso, entraba en el atrio á tiempo que Pedrin salía.

—Hola! ¿Ya has visitado á la Virgen? dijo la joven, y vas á colocarte en el sitio...

—No, no, baluceo voy... á casa...

—Toma hoy limosna para quince días: ruega á Dios que nos volvamos á ver con salud.

—Se van Vds.? y perdonen la pregunta.

—Vamos con mi padre á Barcelona.

—¿A Barcelona! ¿En un coche que sale para descansar en la venta del Chinche...?

—Sí, que allí hay que esperar, contestó admirada la joven.

—¿Por Dios! señorita, no vayan Vds. En esa venta se albergará una cuadrilla de ladrones...

—Pero, tú ¿qué sabes...?

—No vayan, se lo ruego por la Virgen del Pilar, á lo menos sin gente armada y no cobarde... y... no me pregunte más...

Al día siguiente por la tarde, circuló la noticia de que los cuadrilleros de la Santa Hermandad traian á Zaragoza á tres malhechores que con otro, que no fué habido, quisieron apoderarse, en la venta del Chinche, de unos fondos que se enviaban á Barcelona.

Era así en efecto, y los tres, poco tiempo después, expiaban sus delitos, que no eran pequeños, en afrentoso patíbulo.

De Pedrin nada pudo indagar la señorita devota que los socorria diariamente, cuya familia hubiera sin duda premiado con largueza la oportuna advertencia que el mendigo le hizo en el atrio del Pilar.

Habian transcurrido cuatro años. La Justicia humana no perdona si, aunque sea tarde, descubre al criminal.

Por un robo, se condenaba en Alcañiz á morir en la horca á un hombre.

La conducta irreprochable del reo: el concepto que merecia su familia y otras especiales circunstancias provocaban en favor del mismo la compasion general. Que si ésta brota espontánea en el corazon, á la vista de la desgracia, sale fuera y toma vuelo con la sospecha de la inocencia del desgraciado.

Y no se sabe por qué. Tal vez que el reo asegura que no le ahorcarian, ó por lo que fuera, las gentes estaban en expectativa de algo grave y satisfactorio que podría suceder. Quizá llegaría á tiempo el perdón; quizá se creería en la inocencia del sentenciado, aunque él se confesaba delincuente; el caso era que se esperaba, sin explicarse el motivo, un acontecimiento que formara época en los fastos de Alcañiz.

Pero las horas pasaban y no se barruntaba noticia ni indicio de perdon. Las gentes vieron con dolor que el reo seguia el camino del patíbulo y que, apesar del auxilio que de rodillas, al pie de la horca y vuelta la cara á Zaragoza, pedia con ansia á la Madre de Dios, se le puso el dogal al cuello, y, en medio de las exclamaciones de horror del concurso, el reo quedó suspendido y muerto, por consiguiente, como todos los ahorcados.

Mas cuál fué la admiracion general al ver que, despues de estar tres credos pendiente de la cuerda, se santigua el cadáver, se levanta tres veces tan en alto que toda la cabeza sobrepujó á la viga de que pendia, y, dejándose caer con estrépito, la rompe y queda resucitado al pie de la horca exclamando: «Oh santa María del Pilar! Tú seas loada, que el alma me has tornado al cuerpo, verdaderamente que ya estaba fuera!».

«Perdón! perdón! gritó la multitud: perdón! que será inocente; y, si no lo es, perdón por la Virgen del Pilar!».

El Justicia allí presente con otros ministros, entre alegre y turbado, acudió al Comendador, cuya era la jurisdiccion, y esta autoridad perdonó al reo en gracia á su Excelsa Protectora, expidiéndole testimonio auténtico del milagro en su favor realizado por la Virgen del Pilar (1).

Acompañado de sus ancianos padres y en medio de apiñada muchedumbre, cinco días despues del suceso referido, derramaba lágrimas de gratitud al pie del Santo Pilar un joven, el cual entre sollozos exclamaba: «Madre mía! Siendo criminal, me llamaste y te seguí. ¿Me tendrás siempre de tu mano ya que arrepentido me acojo para siempre bajo tu amorosa proteccion? Así lo creo, y así lo espero. No querrás, Virgen santa, que se pierda otra vez quien no ha de tener otro afán que publicar tus glorias y confesar tu poder...».

Aquel joven sentenciado á muerte por robo cometido años hacia se llamaba Pedro de Sadón y era el... Pedrin que con tal diminutivo hemos conocido en el curso de esta historieta.

C. DOMINGO Y GINÉS.

(1) El milagro del resucitado en la horca figura con el núm. 8 entre los compendiados por el Canónigo Dr. D. José Félix de Amada.

PENSAMIENTO

Es preciso acomodarnos al plan de la Divina Providencia, y pensar que el que amamos y nos ama es el que nos ha de juzgar.

EL PAN EUCARÍSTICO

(Seneto)

Tú nos diste la luz, nos diste el viento, la cumbre secular, y el océano; con tu gigante y poderosa mano hiciste al mundo del mortal asiento.

Tú nos diste el amor y el sentimiento y el genio de las artes soberano; Tú bajaste á la tierra, como hermano de la criatura que te alzó el tormento.

Tú diste al hombre del saber la palma: la fé que alumbró; la razón que advierte la religion que los pesares calma;

Y grande, santo, generoso y fuerte, te diste Tú, como manjar del alma, al mundo infame que te dió la muerte...!

BIBLIOGRAFIA

Hemos recibido el tomo 1.º de la PROPAGANDA CATÓLICA del Dr. Sardá y Sálvan, que recomendamos eficazmente é nuestros lectores. Véndese en la Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona, al precio de 4 pesetas en rústica y 6 encuadernado.

Preciosas placas del SAGRADO CORAZON DE JESUS, esmaltadas en porcelana sobre hierro inoxidable.

Se venden á 2 pesetas una, en casa de D. Angel García Múnica, San Juan, 38, Orihuela.

D. José Clavarana, joven de 23 años, hijo del Director de este periodico, se halla gravemente enfermo. Rogamos á nuestros lectores que pidan á Dios por él.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir en el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligresos, etc, ó manda distribuir por las iglesias, buenales, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos enales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion.	4 pesetas mensuales
Media id.	2
Un cuarto id.	1
Un octavo id.	0'50

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la peninsula.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garza, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolta 10, y en las demas oficinas católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR